

LA FUNCIÓN DE LA PERIODIZACIÓN LITERARIA TRADICIONAL EN LA CONSTRUCCIÓN DE NARRATIVAS NACIONALES EXCLUYENTES*

Alfredo Laverde Ospina
Universidad de Antioquia

*Quien anda en el pasado como en un desván de
trastos, hurgando entre ejemplos y analogías, no
tiene ni la menor idea de cuánto, en un instante dado,
depende de la actualización del pasado.*

Benjamin, *Sobre el concepto de historia*, “El
ahora de la cognoscibilidad”, Ms-BA 466r.

Si se atienden a las observaciones planteadas por Walter Mignolo en su ensayo “Herencias coloniales y teorías postcoloniales” (1996), el término *postcolonial* se vuelve problemático cuando se lo aplica a prácticas culturales tanto del siglo XIX

* Este texto presenta resultados parciales de las reflexiones adelantadas en el marco del proyecto “Elementos para una propuesta de periodización de la literatura colombiana. Aproximación a la problemática”, aprobado por el Comité de Investigación de la Universidad de Antioquia (CODI) e iniciado el 16 de julio de 2007.

como a las del siglo XX. En general, al retomar a Ella Shohat, el término postcolonial se refiere a la superación de las relaciones binarias que determinan las relaciones de poder entre colonizador /colonizado, centro/periferia y en el que el prefijo “post-” alude no tanto a lo que viene “después” sino a lo que “sigue”, lo que se distancia de una manera crítica de un movimiento intelectual, en el caso que nos interesa, la “crítica tercermundista anticolonial” (Mignolo, 1996, 101).

De acuerdo con Mignolo, el cruce de la historia moderna europea con las historias contramodernas coloniales se constituye en el lugar de disputa desde el primer momento de la expansión occidental. Ante el evidente cambio epistémico-hermenéutico que significa en la producción teórica e intelectual, dicho concepto sugiere que lo esencial del fenómeno radica en la constitución de lugares (*loci*) de enunciación, a partir de los cuales se efectúan modificaciones en los espacios intelectuales como efecto de una razón crítica que involucra, además “una práctica oposicional en la esfera pública [...] la lucha teórica en la academia” (Mignolo, 1996, 100).

Es así como los aportes de la estudiosa israelita, Ella Shohat, adquieren su mayor importancia en lo que a la aparición de un “espacio de fuerza”, para la erudición y las resistencias críticas desde las historias y las herencias coloniales, se refiere¹.

Si se retoma la esencia de las ideas planteadas hasta el momento, el “espacio de fuerza” mencionado acepta como complemento una relectura del concepto de *historia* del filósofo y crítico judío-alemán Walter Benjamin para quien ésta, entendida en términos de un *continuum*, proviene directamente del hecho de que los dominadores del presente son los herederos de todos los que alguna vez vencieron. Dichos legatarios tienen en su haber el botín de los bienes culturales cuya existencia no sólo se debe al esfuerzo de los grandes genios que lo crearon, sino también a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. Así las cosas, la verdadera historia está al lado de la discontinuidad porque es más difícil honrar la memoria de los sin nombre que la de los famosos, de los festejados.

En este contexto, todo intento de reescritura de las historias de las literaturas nacionales y/o continentales implicaría la reconsideración de lo hasta el momento tenido como cierto e indiscutible. Es así como el conjunto de obras y autores considerados capitales en la conformación de dichas literaturas, no sólo en calidad de patrimonio cultural, con un amplio sentido ético y político (pilar en la construcción de nación a lo largo del siglo XIX), sino como lugar de reflexión, crítica, superación y resistencia en franca oposición de las historias hegemónicas y las herencias coloniales. Es decir, “lugar de enunciación” en el que la mayor aspiración será la “actualización del pasado”, tal como lo plantea Benjamin, en términos de legitimidad de la existencia y la necesaria especificidad de su discurso estético, histórico y político.

1 En relación con el último término, se entiende la constitución geopolítica y geohistórica de la modernidad occidental europea en dos sentidos: la configuración económica y política del mundo moderno y el espacio intelectual que justifica tal configuración (Cf. 102).

No obstante lo anterior, la desconfianza que despierta en la comunidad académica actual cualquier proyecto de reescritura de la historia de la literatura está bien fundada, pues en la actualidad persisten los principios del historicismo positivista, entiéndase “predeterminismo”, en cuyo entramado semiótico subsiste el régimen político de un modelo pedagógico en el que “el pueblo” se constituye en objeto histórico y, muy ocasionalmente es tratado como “sujeto”, performativo, en el que el pasado y la predeterminación necesariamente se desdibujan.

Todo en las tradicionales historias de la literatura confirma lo anterior. Desde la naturaleza del discurso, en el que predomina la asertividad del inventario con rasgos de escrutinio, hasta las estrategias narrativas a partir de las cuales se adopta explícita o implícitamente un conjunto de valores “estéticos” claramente emanados de una posición ideológica dominante y excluyente. Algo menos claro, pero no por ello menos desorientador, es la clasificación de las obras en periodos literarios en los que las mismas se insertan. Estos, por lo general, surgen ya sea de categorías políticas, históricas y estéticas claramente hegemónicas, pues con ellos se quiere dar la idea de una unidad de pensamiento y proyecto de nación unánime: la europeización y pocas veces, y muy al margen, se hace referencia a posturas disidentes.

En este sentido, habría que atender a las recomendaciones de la crítica literaria continental, en especial, al colombiano Rafael Gutiérrez Girardot para quien todo intento de periodización significa la determinación del objeto de la historia. Así las cosas, contrario a la postura tradicional de un *a priori* ontológico e histórico, es decir, la apuesta a la existencia de una nacionalidad literaria y un ingenio constante, debería centrarse en la “noción de proceso” en el que se considera no sólo la “causalidad estructural” en términos de *mediación*, sino la consciencia del presente del historiador como un resultado provisional del que difícilmente puede desprenderse (Gutiérrez Girardot, 1986: 29-30).

Lo anterior significa tomar en consideración las tres concepciones braudelianas del tiempo: corta, mediana y larga duración. Si bien, las historias de las literaturas deben tener como objeto de estudio la configuración discursiva de la literariedad de las obras efectivamente producidas, es claro que debe predominar la concepción de lo literario en términos de construcción semiótica compleja que involucra, además de los aspectos lingüísticos, los políticos, los socioeconómicos y los estéticos. Cada uno de estos factores necesariamente deberá remitir a la mediana duración o los denominados periodos históricos a partir de los cuales los artefactos culturales se manifiestan en términos de resolución de contradicciones socioeconómicas (o ideologemas, entendidos como la estructuración ideológica de la construcción discursiva). Estas dos dimensiones se desprenden de la larga duración o tiempo lento, claramente relacionado con la geografía o la economía mundo o economía de una porción del planeta que, en términos de Braudel, involucra un espacio geográfico, un centro y su división en zonas centrales, intermedias y marginales (Braudel, 1994: 4-5).

Así las cosas, ante la pregunta de cómo periodizar un proceso, es decir, un devenir, una dialéctica, Gutiérrez Girardot responde con otra pregunta: ¿No será más bien esa periodización un resultado marginal posible de la descripción del proceso?

Las valiosas indicaciones que se desprenden del sugestivo artículo del crítico colombiano, apuntan al estudio del discurso literario en estrecha relación con una historia social continental, en la que el denominado *a priori*, o lo que Andrés Bello en 1848 denominó el modo de hacer historia *ad probandum* (el predominio de principios filosóficos-políticos sobre los hechos) se presenta en franca oposición al modo *ad narrandum* o aquél en el que los principios filosóficos-político van envueltos en los hechos y rara vez los predeterminan (Bello, 1848).

La preferencia del último implica un estudio previo del fenómeno que si bien no habla por sí mismo, pues el presente del historiador mediaría en su observación, si tendría cierto espacio de autonomía en su definición. Es decir, los principios teóricos que se aplicarían en su descripción serían en gran parte sugeridos por el mismo.

En este punto, valdría resaltar la recuperación que el norteamericano Frederic Jameson realiza del concepto de *totalidad* lukacsiano en términos de tarea interpretativa desde la cual se busca un significado unificado (Jamenson, pp. 45-46), o Historia de lo real como causa ausente (sólo accesible en forma textual y cuya aproximación pasa por la necesaria textualización) y en la que la apariencia de unificación formal es desenmascarada como una falla o un espejismo ideológico reunificado en el nivel del proceso de producción a modo de operación simbólica, es decir, en el que el texto se abre a múltiples significaciones (Jameson, 1989: 30-31) y en el que conviven diversos sistemas de signos (62).

Es claro que Jameson defiende un concepto de periodo en el que las discontinuidades y las rupturas se resuelven en términos de identificación de la orientación o el dominante que caracterizarían al conjunto de las expresiones estético literarias del espacio de tiempo estudiado. No obstante, la probada coexistencia de múltiples tendencias estéticas que constituyen el *espesor* de un sistema literario y que sustentan la naturaleza semiótica de la literatura como artefacto cultural aparecen como parte de su propia definición, pues se trata de establecer el “cómo funciona”, en términos de definición y función de la literatura en un momento específico.

La consideración aislada de una tendencia o corriente estética en los sistemas literarios continentales y/o nacionales ha generado el efecto de consenso y de empobrecimiento del fenómeno literario en términos semióticos, es decir, éticos, políticos e ideológicos y, a la postre, se ha convertido en la base que sustenta un falso continuum literario que oculta las rupturas, fragmentaciones, enfrentamientos sociales, es decir, la naturaleza social, histórica y heterogénea de la literatura. Lo anterior se complica, máxime si se recuerda que, en el contexto de los estudios postcoloniales, los lugares de enunciación se constituyen a partir del dialogismo propio de una postura crítica de las historias y las herencias coloniales que, en el caso de América Latina, emanan

de concepciones eurocéntricas a partir de las cuales las manifestaciones estético literarias estarían un paso atrás de los centros hegemónicos.

Acudiendo al concepto de “causalidad estructural”, entendido como el carácter interrelacionado de todos los elementos de una formación social por vías de la diferencia estructural y la distancia mutua en la que el contraste se entiende como un concepto relacional más que como un mero inventario inerte de una diversidad inconexa (Jameson, 1989, 34),² se recupera la noción de proceso defendida por Gutiérrez Girardot y obliga al historiador a realizar un estudio de su objeto en el contexto de una historia social cuyos aspectos concretos de acuerdo con Gutiérrez Girardot serían:

- Superación del provincianismo resultado del nacionalismo o dogmatismo (Gutiérrez Girardot, 1986: 25), es decir, consideración de los fenómenos literarios en relación con fenómenos contemporáneos de otras literaturas. Abandono del concepto de influencias.
- Consideración de la concepción múltiple del tiempo de Ferdinand Braudel y, en consecuencia, el reparo a cuestiones fundamentales de la vida literaria como: revistas, editoriales, bibliotecas, formas de crítica literaria en los periódicos, etc. y la atención a los contenidos contradictorios de las obras de un lapso. Reconocimiento de la complejidad de los contextos y su fragmentación. Advertencia en la descripción concisa del proceso y de las letras del continente latinoamericano como un todo.
- Abandono de todo criterio reduccionista y concepción de la literatura hispanoamericana como totalidad en el contexto de la literatura europea, a la que pertenece por sus mismos elementos y el aparato conceptual de que se sirve (26).
- Primacía de la contemporaneidad y no la nacionalidad de los autores, la simultaneidad de los géneros y la presencia de obras escritas que, como la literatura rosa, o trivial, han sido descuidadas totalmente por la historiografía literaria, aunque forman parte de la vida literaria entendida sociológicamente y, frecuentemente invaden el terreno de la llamada alta o gran literatura (27).

Sólo a partir de la consideración de un complejo entramado conceptual y metodológico, coherente con el objeto de estudio de las historias de la literatura, es posible efectuar una aproximación histórico literaria en el que el objetivo sea el “discurso literario” sobre la base de un presente, o sea crítico literario. La aparente contradicción entre la historia y su negación, exige como instrumento conceptual

2 En general, se entiende como *mediación* en la que necesariamente se reconoce la autonomía de la serie literaria pero su necesaria relación con las otras series sociales e históricas.

fundamental la consideración de la tradición en términos selectivos con respecto al pasado y complementarios en relación con el presente del historiador. Cada generación tiene su propia historia. Solo de esta manera será posible entender lo que dice Borges, citando a T.S Eliot, en relación con Kafka: “El hecho es que cada escritor crea sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (1960: 145-148).

Bibliografía

- Bello, Andrés. (1848). “Modos de estudiar la historia”. *El Araucano*, 913. Recuperado el 5/5/2010 en: <http://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/bello/index.htm>.
- Benjamin, Walter, *Sobre el concepto de historia*. Trad. B. Echeverría. Recuperado el 29/08/2011 en: http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/benjaminw/esc_frank_benjam0021.pdf
- Borges, Jorge Luis. (1960). “Kafka y sus precursores”, en *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé.
- Braudel, Fernand. (1994). *La dinámica del capitalismo*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1986). “El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana”, en *Aproximaciones. Ensayos*. Bogotá: Procultura, 29-45.
- Jameson, Frederic. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto social simbólico*. Madrid: Visor Editores.
- Laverde Ospina, Alfredo. (2006). “El papel de la ‘lectura de la tradición’ en la exclusión de vastos sectores discursivos. El caso de las literaturas colombiana e hispanoamericana”. En *Memorias XV Congreso de Colombianistas: independencia e independencias*. Bogotá: 31 de julio -4 de agosto.
- Mignolo, Walter. (1996). “Herencias coloniales y teorías postcoloniales”. En Beatriz González Stephan (ed.) *Cultura y tercer mundo. I. Cambios en el saber académico*. Caracas: Nueva Sociedad, 99-136.